

Presentación

La carga de la caballería escocesa en la batalla de Waterloo, que ilustra la portada de este número de nuestra revista, no hace sino recordar las declaraciones de aquellos pensadores que vieron en la guerra algo sublime. Hay quienes han querido descubrir algo de racional en el hecho de que la guerra sea una constante a lo largo de la historia. Así, sabemos que para Hegel la guerra representaba un acicate en la vida de los pueblos, que de otro modo sucumbirían a la molición de las actividades rutinarias. Este pensamiento, que sigue compases kantianos, se complementa con otro más propio del filósofo suabo. Y es que la primacía racional de un punto de vista superior o estatal justifica el sacrificio de los intereses individuales que dominan la vida burguesa. ¿Qué régimen político no ha utilizado alguna versión popular de este argumento en las dos últimas conflagraciones mundiales o en los casos actuales de guerra preventiva?

Si la guerra es una continuación de la política por otros medios, como quería Clausewitz, o es la política la que representa no más que una forma derivada de la guerra, como pudiera concluir un pensamiento de inspiración hegeliana, es algo que refleja posiciones filosóficas diferentes ante el fenómeno de la guerra. Estas posiciones, y su efecto correlativo en la comprensión de la paz, son las que se han intentado abordar y ofrecer a la reflexión en nuestras páginas. Si la guerra es un dinamismo inherente a la naturaleza humana o una excepción tristemente repetida, si la paz es una legitimación no violenta de lo adquirido por las armas o una dimensión antropológica que encaja en una cosmovisión de gran calado, todo eso da que pensar y se convierte por ello en una cita ineludible para la filosofía.

José Luis Caballero Bono